

MELOCOTONES HELADOS

Existen muchos modos de matar a una persona y escapar sin culpa: es fácil deslizar una seta venenosa entre un plato de inofensivos hongos. Con los ancianos y los niños, fingir una confusión con los medicamentos no ofrece problemas. Se puede conseguir un coche y, tras atropellar a la víctima, darse a la fuga. Si se cuenta con tiempo y crueldad, es posible seducirla con engaños, asesinarla mediante puñal o bala en un lugar tranquilo, y deshacerse luego del cadáver. Cuando no se desean manchas en las manos propias, no hay más que salir a la calle y sobornar a alguien con menos escrúpulos y menos dinero. Existen sofisticados métodos químicos, brujería, envenenamientos progresivos, palizas por sorpresa o falsos atracos que finalizan en tragedias.

Existe también una forma antigua y sencilla: la expulsión de la persona odiada de la comunidad, el olvido de su nombre. Durante algún tiempo el recuerdo aún perdura, pero los días pasan y dejan una capa de polvo que ya no se levanta. Todo el pueblo se esfuerza en dejar atrás lo sucedido con los puños apretados y la voluntad decidida, y poco a poco, el nombre se pierde, los hechos se falsean y se alejan, hasta que, definitivamente, llega el olvido.

Llega la muerte.

Es fácil. Una vez habituados a él, el olvido resulta sencillo. La mente, que flaquea con la edad, ayuda a enterrar el pasado. A veces las puertas se abren y surgen los antiguos fantasmas. Otras, la mayoría, permanecen cerradas, y los muertos no regresan de la muerte, ni del olvido.

Es fácil. Se olvida todos los días.

Olvidaron a Elsa. Juraron que jamás permitirían que eso ocurriera, que, pasara lo que pasara, Elsa continuaría entre ellos; lo que había sucedido con tantos no se repetiría. Elsa sobreviviría a través de la distancia, sobre el bosque de cruces del cementerio, entre las acequias con agua y la vía del tren que los llevaba a la ciudad.

Se equivocaban. No fue culpa de nadie. Sencillamente, pasó el tiempo de Elsa y nuevas cosas los tomaron por sorpresa, nuevas cosas que ocuparon su lugar.

Se olvida todos los días. Todos los días llega la muerte.

Durante la mayor parte del año los cielos se mantenían azules en Duino, barridos a fuerza de viento y helada. El sol relumbraba sobre las cúpulas esmaltadas en dorado, añil y verde, y, a veces, las iglesias parecían esponjarse las plumas como pavos reales. Bajo los azulejos de colores, las paredes viejas mostraban el barro, y después de la lluvia el aire se llenaba de polvo rojizo: más bien después de las tormentas, porque en Duino nunca llovía de modo pacífico. Las nubes cargadas de agua se dirigían al mar, y dejaban de lado la zona, como si un hechizo antiguo les hiciera rehuir las torres refulgentes y la vida perezosa de la ciudad. Si llovía, el agua llegaba envuelta en truenos. Si nevaba, los copos se confundían con el pedrisco y el granizo.

Con ese clima las flores morían pronto, y en cuanto la primavera asomaba aparecían los surtidores. Los habitantes de Duino planificaron parterres bajo la sombra más tupida de los paseos, con la esperanza de llenar los parques con niños y perros que jugaran y dieran vida a Duino. Les aterraba volver la vista a las afueras, a las colinas áridas de los alrededores, y descubrirlas peladas y secas, con unos abrojos míseros y cuatro amapolas desangeladas y chillonas. Nadie se había repuesto aún de los estragos que causó la gran sequía, cinco años antes, pero la escasez de agua había terminado, y las fuentes volvían a ser potables; el río había recuperado su caudal, y si el verano se mostraba clemente, Duino regresaría a la normalidad.